

La Virgen soberana enternecida
Enseña el alma en la rosada frente,
Y dice que si viene en la partida,
Es por ser á los cielos obediente,
Y que teme en la triste despedida
Su pena mucha y la que en ellas siente,
Y que si el cielo se lo permitiera,
Siempre su indigna amiga y sierva fuera.

Por otra parte, todos los varones
Vienen en procesion acompañando
A aquel que el cielo con los ríos dones
Se mostró en su eleccion propicio y blando;
Y entre himnos dulces, músicas, cauciones
Los graves sacerdotes van cantando,
Pronosticando entre sus alabanzas
De tal principio ricas esperanzas.

El pueblo todo alegre le bendice,
Reverenciando el bello rostro grave,
Y al cielo justo piden que eternice
La bondad suya, que él también alabe;
Cada cual bendiciones mil le dice,
Viendo el merecimiento que en él cabe,
Y á su posada vuelve, donde espera
Ver del hermoso sol la luz primera.

La soberana virgen Palestina,
Suspensa en la oracion acostumbrada,
El alma humilde y corazón inclina
A la deidad de majestad sagrada,
Pidiendo que su voluntad divina
Le sea como otras veces revelada,
Que ya sabe su voto y su promesa,
Y que ya su clausura amada cesa.

Dió clara luz la refulgente lumbre
De un mensajero celestial alado,
Que de la impírea inaccesible cumbre
Viene á la Virgen bella despachado;
Y aunque á su luz el cielo se deslumbre,
El á la de la Virgen deslumbrado,
Con el acostumbrado acatamiento,
Así declara el celestial intento.

«Tu belleza y bondad, que á la mia excede,
Virgen de suma y sin igual belleza,
Desde tu nacimiento tanto puede
Con el Señor de la inmortal grandeza,
Que hace que el voto confirmado quede
Que ya le hiciste de guardar pureza,
Ordenando que eternamente guardes
El voto casto, en cuyo amor te ardes.

»El esposo que el cielo te ha escogido,
Que fué antes de nacer santificado,
Y nunca el noble cuello vió rendido
Al fiero yugo del mortal pecado;
El voto, que has al cielo prometido,
Condiciona le tiene á Dios votado;
La tempestad que tú en tus pensamientos,
Está pasando entre contrarios vientos.

»Y porque voy á verte, á Dios, Señora,
Y el aire cristalino sacudiendo
Con las alas de estrellas con que dora
El templo santo por quien va saliendo,
Deja su reina, que gozosa llora,
Gracias eternas á su autor haciendo,
Y llega al santo Joven desvelado,
Y dice el ángel de color rosado:

«Santisimo Josef, sálvete el cielo:
No temas al que muchas veces viste;
Cese el penoso y grave desconsuelo
En que te miro desvelado y triste;
Dios te agradece el casto y justo celo
Del santísimo voto que le hiciste,
Y de nuevo confirma tu demanda,
Y lo que tu deseas por mí manda.

»Mañana, ¡oh ilustre joven valeroso!
Has de ser dueño de la bella infanta,
Que es de la luz del sol espejo hermoso
Y intacta flor de su dichosa planta;
Serás, justo Josef, amado esposo
De la criatura mas hermosa y santa
Que miró el cielo ni gozó la tierra,
La que mayor virtud y gracia encierra.

»Voto de castidad ha prometido,
Y por su guarda fiel y cierto amparo
El cielo soberano te ha escogido
Por el mejor de tu linaje claro;
Y en virtud della Dios te ha prevenido
Con los favores de su poder raro:
Serás testigo de su vida casta,
Y adios, Josef, porque lo dicho basta.»

Como suele cometa hermosa y clara
Tender los rayos de su luz bermeja,
Que por su rubio rastro nos declara
El lugar celestial donde se aleja;
Así el mancebo de la hermosa cara
Por el divino resplandor que deja
Muestra cortando el tenebroso velo
Que hace carrera al estrellado cielo.

Pasmóse el gran Josef, y en sí volviendo,
Reverencia al divino alado paje,
Eternas gracias á su autor haciendo
Por el favor del celestial mensaje,
Con alma y vida humilde agradeciendo
El bien con que engrandece su linaje,
Y el celestial con que la duda cesa
Del cumplimiento fiel de su promesa.

En esto el gran Josef la noche pasa,
Deseando ver el perezoso día
En que á la imagen de hieldad sin tasa
Reciba en casta y dulce compañía;
Y como al pecho justo el fuego abrasa
De su esposa santísima Maria,
La noche corta le parece eterna,
Y la esperanza breve sempiterna.

Y ya como divino enamorado,
Castos deseos dentro el alma forma,
De ver el bien que por su bien le ha dado
El que á los cielos dió la hermosa forma;
De sí propio Josef enagenado,
En el sugeto amado se transforma,
Y entre las alas de la noche fría
Á su adorada esposa el alma envía.

La cual, con un afecto fervoroso
En Dios absorta y en su amor ardiendo,
Le pone humilde en su escogido esposo,
Su obligacion justísima cumpliendo;
Y contemplando el orden milagroso
Que en sus cosas va el cielo disponiendo,
En humildad profunda á Dios alaba,
Y antes que su oracion la noche acaba.

Contempla la virtud insigne y rara
Que en su casto Josef está encendida,
Admirando en la grave hermosa cara
La majestad real esclarecida;
Ve como el cielo justo le declara
Por varon santo de inculpable vida;
Mira su gran bondad, su gran nobleza,
Su santidad, su gracia y su pureza.

Ya su virtud alaba y justo celo,
Y ya el divino amor por él la inflama,
Y fervorosamente ruega al cielo
La vida guarde del que en su Dios ama;
Y ya rendida al soñoliento velo,
Se recostó sobre la humilde cama,
Yo, por guardarla el suyo sacrosanto,
Pondré el dedo en la boca y fin al canto.

CANTO V.

De los desposorios de Nuestra Señora y San José.

»De entre los brazos de la noche oscura
Sale, el cabello de oro snelto al viento,
Aquella cuya luz serena y pura
Los astros de oro roba al firmamento,
Privando del favor de su hermosura
Al celoso Troyano mal contento,
Y en la cama de rosas y azahares
Sentóse renovando sus pesares.

Y por entre cortinas de brocado,
Entretejadas de olorosas flores,
El rostro saca del color rosado
Volviendo á cada cosa sus colores;
Su carro de cristal vió aparejado,
Escuchó de las aves los amores,
Vió que ya los ganeses se levantan,
Y que los gallos la vocean y cantan.

Mira que deja la vedada cama
Y que sale el adúltero encubierto;
Que maldice su luz la infame dama
Porque su lecho vil dejó desierto;
Mira al ladron que las tinieblas ama,
Huir por no ser della descubierta;
Que madrauga el devoto al templo santo,
La recién viuda al ordinario llanto.

Mira al enfermo triste que agradece
La luz hermosa con que le visita,
Que se le entra hasta el lecho en que padece
Moderando sus ansias y su grita;
Mira el siervo que gruñe y se embravece
Contra el Señor que su quietud le quita,
Y mira al Labrador y al estudioso
Desasirse del sueño pegajoso.

Mira en las oficinas de Vulcano
Que música le dan á martilladas;
Los clarines escucha en el mar cano
Alegrando sus olas plateadas;
Escucha el cuerno ronco del villano,
A quien siguen gruñendo sus manadas;
Mira que beben las hermosas flores
Las perlas de sus claros resplandores.

Ve que su carro aljófares distila
Del licor puro que de la mar saca,
Ve que de plata y oro se perfila
Con su serena luz la nube opaca;
Oye del manso la grosera esquila
Que el recental mamando su hambre aplaca,
Que se vuelve á su cueva el ladron lobo
Que deja por su luz de hacer el robo.

Mira con su menuda compañía
La madre, que dos veces les fué madre,
A quien es bien que llamen madre pia,
Pues la una vez los engendró sin padre;
Y mira que á la luz que ella le envía
El sustento les busca que mas cuadre,
Siendo madre, regalo, muro y nido
De los polluelos que han entrañas sido.

Mira que esparcen flores los jardines,
Haciendo con cuidado diligente
Dellas alfombras para los chapines
Con virillas de plata de su oriente;
Que la llaman tocando sus clarines
Los tiernos ruseñores dulcemente,
A cuyo son, corriendo sus cortinas,
De perlas coronó las clavelinas.

Escuchó menos roncós á los gallos,
Y de hácia el mar miró como subian
Del que es alma del mundo los caballos,
Que las ondas de plata dividian;
Y mas de espacio se paró á mirarlos,
Por ver la nueva luz con que venian,
Y alcanzó á ver del sol la rubia cara
Mas de lo acostumbrado hermosa y clara.

Dudando un poco y luego en sí volviendo,
Acordóse del claro hermoso día
Que por todo el Oriente va esparciendo
Entre rayos de luz los de alegría;
En el cual, de dos almas una haciendo,
El justo noble, y sin igual Maria,
Entre lazos divinos de himeneo
Se tienen de ofrecer en digno empleo.

Turbada de la luz la precursora
De que tan grande su descuido sea,
Pide á la hermosa jardinera Flora
Que de sus varias flores la provea;
Y de Aqueló, que á Deyanira adora,
Pide la copia fértil á Amaltea,
Y de olorosas flores de su Oriente
Adorna su nevada y roja frente.

Y pide á la pintora primavera
De abril y mayo flores y blandura,
De Zéfiro y Favonio cierta espera
Soplos suaves llenos de dulzura;
De la dichosa Arabia y India fiera
Carga de flores ricas de hermosura,
Y al tiempo que en su carro alegre sube,
Huye la noche envuelta en negra nube.

Muestra gallarda cuanto puede y vale,
De oro sus ricas hebras esparciendo,
Que el mismo sol no quiere que la iguale
En la hermosura con que va saliendo;
Y mas que nunca bella y fresca sale,
Las puertas del Oriente enriqueciendo,
Haciendo abrilés, derramando mayos
El resplandor de sus divinos rayos.

Llegó á Jerusalem la rubia dama,
Haciendo el templo bienaventurado
Con las flores y luz que en él derrama
Un nuevo Oriente, blanco y encarnado;
A los divinos desposados llama
Con canto de las aves, no enseñado;
Salúdalos y dales la en buen hora,
Y de nuevo la tierra y cielo adora.

Quisiera ver los desposorios bellos
En que al yugo de amor divino y santo
Ofrecerán los venturosos cuellos,
Que el casto amor estima y tiene en tanto;
Sabe que el sol se ha de parar á vellos,
Tendiendo el resplandor del rojo manto,
Y porque llega, y ella no le trata,
Su partida importante no dilata.

Los escogidos novios despertando,
Lo necesario cada cual previene,
Sus gallardas personas adornando,
Conforme á su nobleza les conviene;
Viene de dondos el ilustre bando,
Y el pueblo todo lleno de amor viene
A acompañar al joven valeroso
De la inculpable Virgen digno esposo.

En esto de los cielos se descuelgan
Seráficos alados escuadrones,
De cuyas manos de jazmines cuelgan
Con cifras del amor blancos pendones;
Y dulcemente en su Criador se huelgan,
Viendo unidos tan castos corazones,
Cuyo amor puro y castidad adoran,
Y de sus almas bellas se enamoran.

Trae entre la amorosa compañía
El blanco yugo, el himeneo gozoso;
Baja la castidad hermosa y fria,
La humilde gracia y el deleite hermoso;
Baja en alegres corros la alegría,
El dulce agrado y el placer gracioso,
Y vertiendo claveles y azucenas,
Llegan de la ciudad á las almenas.

Y al tiempo cuando de la antigua casa
Sale del gran Jacob el heredero,
Segundo Aaron, cuya bondad sin tasa
Excede al valor grande del primero,
Y el acompañamiento ilustre pasa
Del visorey de Egipto verdadero,
Llega la escuadra angélica gloriosa
Acompañando su persona hermosa.

Cual va el dorado Febo, que ha dejado
A la templada Licia donde invierna,
Que de olorosos ramos coronado,
Va á visitar á su ciudad materna,
Donde el cretense y driope mezclado
Con nuevo gozo y con dulzura tierna
Celebra alegre su benigna lumbre,
Y él se va de su Cinto á la alta cumbre;

No de otra suerte el mozo valeroso,
Mas gallardo que el sol, alegre sale,
A cuya real presencia y rostro hermoso
No hay entre todos nadie que le iguale;
El pueblo alegre, con meneo gozoso
Publica lo muchísimo que vale,
Y él con un mirar grave, agradecido,
Vuelve al lugar adonde fué escogido.

Viendo las luces puras y serenas,
Las damas bellas del mancocho grave,
Vierten rosas, jazmines y azucenas
A aquel que no hay quien dignamente alabe;
Y de amor casto y de contento llenas,
Cada cual le bendice como sabe.
Quedando como incautas mariposas
Ciegas entre sus luces milagrosas.

Los tiernos niños con alegres cantos
Celebran el varon que absortos miran;
Los viejos graves entre dulces llantos
Bendicen la prudencia, en quien se admiran;
Los mancebos, mirando bienes tantos,
A su divina imitación aspiran,
Bendiciendo con gozo soberano
Al hombre celestial y ángel humano.

Pronosticando todos dichas ciertas
A quien el cielo da su Esposa en guarda,
Llegan del templo a las sagradas puertas
Adonde el grave sacerdocio aguarda;
Y las de la clausura santa abiertas,
Por donde ha de salir la Ester gallarda;
Sale entre las castisimas doncellas
La luna hermosa mas que todas ellas:

Presos en red de perlas los cabellos,
Mezclado el alhelí, jazmín y rosa,
Y el oro rico que se mira en ellos,
Enriqueciendo su color preciosa,
Las luces graves de los ojos bellos,
Haciendo su belleza mas hermosa,
Hechos divino albergue y casto nido
Del celestial castísimo Cupido.

En la frente de rosas y jazmines
Hace cielo y morada la pureza,
Bajando los ardientes seralines
A ver la sola sin igual belleza;
Son las mejillas del amor jardines
Adonde goza su inmortal grandeza,
Los labios bellos, puertas orientales,
Que guardan perlas, siendo de corales.

De púrpura Sidonia la basquiña,
Con ricos frescos de oro recamada,
Sale la paz de nuestra antigua rina,
Serenando la máquina estrellada;
El que los corazones escudriña,
Sale a mirar su tierna enamorada,
Y las puertas etéreas entreabriendo,
Por las del claustro ve que va saliendo.

De záfiro turquí y color de cielo
Saca el manto de estrellas matizado,
Enriqueciendo el oloroso suelo,
La luz del rostro bienaventurado;
Da a los presentes general consuelo,
Y habiendo muchos ojos deslumbrado,
Parece que del sol vestida sale,
Y el sol se pasma en ver que no la ignale.

Cual suele del Eurota en la ribera,
O en la famosa Cinto celebrada,
Salir hacia la hermosa primavera
Delia de sus oréades cercada,
Suelta de oro la rica cabellera,
La aljaba de marfil al hombro echada,
Entre todas sus niñas señalarse,
Y mas bella que todas levantarse;

Así la sacra virginal Diana,
En quien el cielo tal belleza cria,
Que excede al resplandor de la mañana
Cuando viste los cielos de alegría,
En gracia y hermosura sobrehumana
Se aventaja a su amada compañía,
Quedando ante su rostro las mas bellas
Como ante el sol hermoso las estrellas.

La Virgen llega donde está esperando
El noble Esposo, a cuya luz serena
Se pasma el Santo, con razón mirando
El bien que de sí propio le enagena,
Su mucha indignidad considerando,
Mas teme, mientras piensa, que es mas buena,
Que entre los ojos virginales mira
Un respeto de Dios que en él le admira.

Con virginal vergüenza humilde llega,
Haciendo mas hermosas sus colores
La que a los ojos atrevidos ciega
Con los que esparcen castos resplandores;
El gran Josef fiado en Dios, navega
El mar, donde cifró tantos favores,
Y temblando al virgineo acatamiento,
Se estrecha el alma, y faltale el aliento.

Hecho el pacto y concierto venturoso
Del desposorio ante la gente grave,
Absorto queda el virginal Esposo
En la doncella, cuya virtud sabe;
Prométese por suyo temeroso,
Y pide al cielo que su dicha alabe,
Pues la divina Esposa que le ofrece
Mirarla ni servirla no merece.

Entre alabanzas y divinos loores,
Por celestial y soberana traza,
Cercado de castísimos amores,
Himeneo los cuellos les enlaza,
Y el yugo bello entre sus resplandores
Las almas dichosísimas abraza,
Dando a Josef la de su esposa bella,
Y la del Santo a la que vive en ella.

Cada cual dellos en su pecho escribe
La deuda de su amor mientras viviere,
Cada cual dellos con dos almas vive,
Y cada cual sin alma alegre muere;
Josef, que de su esposa la recibe,
Corresponderla con la suya quiere,
Ella, cual cortesana agradecida,
Por pagarle en su Dios, le da alma y vida.

El sacerdote, con alegres muestras
De la Esposa y Esposo soberanos,
Viendo enlazadas las dichosas diestras,
Dice, alzando a los cielos las dos manos:
«Goza de las personas nobles vuestras
La gallarda presencia siglos canos,
Y en sucesión alegre y venturosa
Honrad vuestra familia generosa.

»Como el padre fiel de los creyentes
Veais de nietos vuestras casas llenas,
Alcanzando a tener mas descendientes
Que el cielo luces ni que el mar arenas;
En lazos del amor resplandecientes
Unais las almas de pecado ajenas,
La prometida fe los dos guardando,
Hagais su carga leve y yugo blando.

»Multiplique del campo la ganancia
La mano larga del poder divino,
Y acepte el cielo justo su fragancia,
Lloviendo su rocío cristalino;
La gruesa tierra en fértil abundancia
Os dé la blanca mies y el rubio vino,
Y en Dios unidos vuestros corazones,
Goceis mas abundantes bendiciones.

»Y la de Isaac, vuestro divino abuelo,
La de Jacob y de sus tribus doce
Os dé el gobernador de tierra y cielo,
Que vuestra fe y honesto amor conoce;
Y sin sospecha de traidor recelo,
Cada cual su consorte casto goce,
De las dos voluntades una haciendo,
Y a la eterna de Dios obedeciendo.

»Vos, ilustre Josef, en quien florece
Del Visorey la castidad hermosa,
Y en quien mas dignamente resplandee
Del nombre vuestro la virtud gloriosa;
Que el nombre de Josef dice el que crece,
Y dárosle la mano poderosa,
Y ver del cielo el no visto portento
Promete en vos un singular aumento;

»Creced, nuevo y virtuoso patriarca,
Como hasta aquí en virtud habeis crecido,
Y sed gobernador de otro monarca,
Mejor que el envidiado, mal vendido;
Y antes que corte la implacable Parca
El hilo dulce a vuestra vida asido,
Veais en vuestros venturosos días
Cumplido el largo plazo del Mesías.

»Pues de entre tantos buenos sois llamado,
Con portentos del cielo perseguido,
Y conocéis que es bienaventurado
Quien a Dios y a su signo sus caminos;
Y que el que come el pan que ha trabajado,
Dichoso gozará bienes divinos,
Su mujer, siendo, cual la vid, no escasa
En los ladrillos de su limpia casa.

»Veais cumplida en vos esta promesa,
Y vuestros hijos, semejanzas vivas,
Veais al rededor de vuestras mesa,
Cual renuevos de fértiles olivas;
Esta es de Dios la bendición expresa,
Al que teme sus sañas vengativas;
Bendigaos el Señor de Sion sagrada,
Criador del mundo y máquina estrellada.

»Y de Jerusalem bella y triunfante
Veais los bienes por eterna vida,
Gozando alegre, en número abundante,
Hijos de hijos cantidad crecida,
Cuyo valor sobre Israel levante
La amada paz de todos pretendida,
Haciendo mas glorioso vuestro nombre
Con dignos hechos de inmortal renombre.

»Veais Josef del señoril decoro
En nieve convertida la escarlata,
Y que las hebras que hoy envidia el oro,
Las mude el tiempo y las convierta en plata;
Veais del rico virginal tesoro,
A quien con lazo estrecho el cielo os ata,
Tan gran generacion, que exceda al cielo
En las estrellas con que ronda al suelo.

»Goce mil bendiciones soberanas
La tierra de Josef, y alegre vea
Que el cielo llueva en ella sus manzanas;
Embriaguéla el rocío que desea;
De sus venas copiosas y lozanas
La sangre sale, que su frescor sea;
Déle su fruto el sol, la blanca luna
No aguardé a que en pedirla sea importuna.

»Descuelguese de la alta excelsa cumbre
De los antiguos montes su abundancia;
Déle con amorosa mansedumbre
Los eternos collados su fragancia;
La estéril tierra en llena muchedumbre
Multiplique en sus frutos su ganancia,
Sacando de la trox de sus entrañas
Trigo, cuyos montones sean montañas.

»Abra del pecho suyo la bodega,
Dé un mar de lo que a Lot le quitó el seso,
De su almacén para la noche ciega
Derrame arroyos de su aceite grueso;
Dé yerba y flores una y otra vega
A los ganados, que en colmado exceso
Las dehesas talen y los ríos agoten,
Aunque de nuevo yerbas y aguas broten.

»La bendición de la inmortal grandeza
Del que a Moisés apareció en la zarza,
De Josef venga sobre la cabeza,
Halcon dichoso que cazó tal garza;
Goce por largos siglos la belleza,
Adonde el casto amor preso se enzarza;
Goce bienes del cielo soberanos
El Nazareno en todos sus hermanos.

»Y vos, divina Fénix de la Arabia,
Dulce María, mar de gracia llena,
Cuya hermosura a la hermosura agravia,
Pues por menos hermosa la condena;
Mar de humildad y de prudencia sabia,
Y del mar de la mar dulce sirena,
A cuya voz santísima y sonora
Se para el sol, que della se enamora.

»María dichosa, de la mar estrella,
Que a questo dice vuestro ilustre nombre,
Abrid la rosa de la boca bella,
Intercediendo por el primer hombre;
Nueva hermana de Aaron, y mejor que ella,
Que ella no es digna que cual vos se nombre;
Bella María, sed dichosa madre
De un Salomón igual a vuestro padre.

»Sed, señora María, tan señora
Como el divino nombre lo declara;
Subid cual sube la rosada aurora,
Cuando da al cielo la encendida cara;
Hagaos aquel, que el cielo impíreo afora,
Digna de sucesión mas noble y clara
Que Lia, Rebeca y Sara venturosa,
Siendo la vuestra sobre el sol gloriosa.»

Con esto, a las antiguas casas tornan
Donde otro tiempo el gran Joaquín vivía;
Las calles por quien van todos adornan
Con general aplauso y alegría,
Porque los novios con su luz sobornan
De todos la confusa compañía,
Y en la dichosa casa alegre suena
Música alegre, de contento llena.

Las mesas blancas el placer aumentan,
Y en entrando los novios soberanos,
En la tendida púrpura se asientan,
Dando los maestresalas aguamanos;
Luego entre ricos platos representan
Varias viandas pajes cortesanos,
Y con el agua del Jordán divino
Matan la sed en tazas de oro fino.

Huyó la hambre vil descolorida
De la mesa y banquete regalado,
Llegó a su fin la espléndida comida,
Y apenas el convite fué acabado,
Cuando a cantar gozoso se convida
Lidio, en la arpa insigne y celebrado,
Y a todos admiró novedad tanta,
Que a cantar se convida quien bien canta.

Callaron todos, y con gozo mudo
Hacen aplauso al músico instrumento,
Por quien al suave Arion, pobre y desnudo,
Sirvió de barca algún delphin contento;
Con quien el rey Profeta tanto pudo,
Que hirió los cielos con su dulce acento,
Y desterró del oprimido suegro
Al Ángel triste, al Flegeton negro.

Sonó la voz, y en consonancia grave
Al templado instrumento corresponde,
El cual, con melodía mas suave
A la sonora voz dulce responde;
No hay nadie que callando no le alabe,
Que las almas soborna en quien se esconde,
Y así, de nuevo en piedras convertidos,
Cierran las bocas y abren los oídos.

Canta del inocente preso hebreo,
Hijo primero de la estéril bella,
Y undécimo de aquel cuyo deseo
Pudo en años catorce merecilla;
De aquel, en quien con soberano empleo
Tanta gracia infundió su amiga estrella,
Que de la piel grosera y tosca abarca
Le lleva a Egipto a hacerle su monarca.

Canta cómo en el tiempo del estío,
Cuando el dorado grano alegre al dueño,
Sus hermanos con loco desvario
Juzgan por tal de su gavilla el sueño;
Y cómo muestran con mortal desvío
La envidia ciega en el airado ceño,
Y cómo multiplica sus querellas
El sueño de la luna, sol y estrellas,

Cómo les trae gozoso la comida,
Que apenas puede, con las tiernas manos,
Y que con gusto y alma agradecida,
Aunque cansado, abraza a sus hermanos,
Y que ellos tratan de perder su vida,
Cual de res simple lobos inhumanos,
Y que, por no matar jóven tan mozo,
Hacen verdugo suyo al seco pozo.

Cómo con impiedad menos ingrata
Sacan al jóven de la vil cisterna,
Y el cuarto hermano de venderle trata,
Júdas cual otro a la deidad eterna;
Cómo le venden por infame plata,
Duros al llanto humilde y edad tierna;
Cómo vengados ya los jacobitas,
A Egipto van los ricos ismaelitas.

Cómo llorando el hecho atroz y bravo
Del mal pensado y fraternal delito,
Parte el hermoso bien nacido esclavo,
Que el serlo lleva en su belleza escrito,
Y cómo no se atreve la ese y clavo
Al rostro, que ha de ser gloria de Egipto,
Donde el Josef amado se revende,
Guiando el cielo lo que hacer pretende.

Cómo por su virtud y trato bueno,
Goza del noble dueño la privanza,
El cual, por verle de malicia ajeno,
Hace en él de su hacienda confianza;
Cómo gozando el tiempo mas sereno,
En que su libertad cobra esperanza,
Al ama torpe enamorada mira,
Que al hielo de su pecho rayos tira.

Pasmóse Josef mucho, y con modestia
Huye de fuego tal ser incentivo,
Y resistiendo de la torpe bestia
El ciego amor y su mirar lascivo,
Mas aumenta de la ama la molestia
El gran descuido del señor cautivo,
Y así, con lengua muda y libres ojos
Le ofrece lo mejor de sus despojos.

No se dió el gran Josef por entendido,
Y bien pudiera un ignorante y ciego;
Y como crece mas, mas defendido
Desta amarga ponzoña el dulce fuego,
Quiere ablandar el pecho endurecido,
Con tierno halago y hechicero ruego,
Y venciendo el honor y la vergüenza,
La infame de rogar no se avergüenza.

El Hipólito hebreo la desdena
Una vez y otra, y da palabra al cielo
Ser á su blando ruego sorda pena,
Y á su amoroso ardor cuajado hielo;
Ella á sus fieros mas amor enseña,
El á su amor de Putifar mas celo;
Ella entre fuego y el desden se abrasa,
El vitorioso aquesta guerra pasa.

Busca pues ocasion la torpe dama
De poder ablandar la piedra dura,
Y un día que sola se quedó en la cama,
Con el arte aumentando su hermosura,
Al casto mozo con imperio llama,
De la victoria incierta mal segura;
El obediente á su mandado llega,
Ella turbada le ase y dice ciega:

«Josef hermoso, bien nacido hebreo,
Esclavo libre, de quien soy esclava,
Hechicero de amor, en quien empleo
El corazón que tu dureza alaba,
¿Por qué así desconoces el deseo
De quien su vida en tu desden acaba?
Mira que sola estoy, que en mí te empleas;
Si hasta aquí has sido ingrato, no lo seas.

«No temas, tuya soy, y nadie sabe
Sino tú solo lo que por mí pasa;
Eres mi esclavo, yo una mujer grave
Que, enamorada, dice que se abrasa;
Sola esta muestra de mi amor acabe
De persuadirte que es mi amor sin tasa;
Oye mi ruego, no seas vergonzoso,
Goza tu dueño, mi querido hermoso.

«Mira mi corazón cubierto en lloro
En estos ojos que su luz te han hecho,
Mira, Josef, que como á Dios te adoro,
Haciendo altar deste herido pecho;
Enlázate en aquestos lazos de oro,
O haz destes brazos otro mas estrecho;
¿Por qué tu hermoso rostro de mi escondes
Y con igual amor no me respondes?»

Tras esto descompuesta, aunque bizarra,
Con blanco afecto y ademan lascivo,
Cual suele verde enamorada parra
Prender soberbia al olmo fugitivo,
La arpa asquerosa y bella echa la garra
Por ensuciar con su tocar nocivo
La limpia mesa del gallardo hebreo,
Como las otras tres la de Fineo.

Cual leon indiano á quien se le ha atrevido
El escuadrón de timidas abejas,
Que brama airado en cólera encendido,
Sacudiendo herizado las gudejas;
Así el joven hermoso bien nacido
Su amor, sus ruegos, lágrimas y quejas
Desprecia, de sí mismo avergonzado,
De que se haya la infame declarado.

Y cual suele mancebo valeroso
Que del lidiado toro alegre escapa,
Que cuando mas herido y mas furioso
Deja en los cuernos bien echada capa;
Así Belerofonte huye animoso,
Después que al dueño su deshonra tapa,
Que huyendo se promete la vitoria,
Pues huyendo se alcanza mayor gloria.

No queda Hircana tigre, que se embosca
Robados los hijuelos, mas airada,
Ni sierpe de la Libia, que se enrosca
De descuidado pié siendo pisada,
Ni aspid herida, ni osa torpe y tosca
Del escuadrón de perros saltada,
Como queda Cenobia en sus enojos,
Hecho Ema el pecho y Mongibel los ojos.

Ira vertiendo, en furia convertida,
En odio eterno el mucho amor trocado,
Brotando rabia en cólera encendida,
Veneno esparce el basilisco airado;
A la ocasion por el copete asida
Una traición la adultera ha pensado
De levantar al inocente hebreo,
Y es la que ella cumplió con el deseo.

Brama gimiendo, y con llorosas voces
Hinche la casa de alboroto y susto;
Temen los siervos casos mas atroces,
Turbados al clamor del llanto injusto;
A los gritos que da, corren veloces,
Y oyen las nuevas del mortal disgusto;
La infame capa, dice, sea testigo
Del hecho torpe que intentó conmigo.

Queda la deshonesto acreditada,
Fingiendo ronca voz y tristes ojos,
Y la santa inocencia condenada,
Porque en su ofensa juran sus despojos;
Llega el eunuco, y con la noble espada
Quisiera hacer descuento á sus enojos,
A no sentir que el cielo le ha estorbado,
Y á la prisión cruel le envia azotado.

Sufre el mozo, santísimo inocente,
La infame cárcel y la prisión dura,
Y entre la vil y foragida gente
Que afrenta, escarnio y pena le procura,
Menos trabajo y mas contento siente
Viendo su amada castidad segura,
Y entre ellos pudo el tiempo hacerle amable,
Por ser su trato por extremo afable.

A todos con amor sirve y regala,
Los consuela, los cura y los visita,
Y tanto á su virtud su gracia iguala,
Que ya el alcaide sus prisiones quita;
En interpretar sueños se señala,
Porque su causa el cielo solicita;
Dos declaró, con admirable espanto,
Uno convierte en gozo y otro en llanto;

A aquel á cuyo pan de blanca harina
Vuelan las aves en confusa tropa,
Le pronostica su fatal ruina,
La infame cruz y la funesta ropa;
Al que exprime las uvas, le adivina
La presta vuelta á la dorada copa.
Pasmó la gente el caso portentoso,
Y estima por Profeta al preso hermoso.

El uno y otro sueño va cumplido,
Pasan dos años que el Copero ingrato
Bebió del agua negra del olvido
En que olvidó su noble honrado trato;
Hasta que al Rey se apareció dormido
De la abundancia y hambre el fiel retrato,
Haciendo al pecho real que se inquiete,
Y busque quien los sueños le interprete.

Acórdose el Copero, y arripiso
De que la ingratitud su pecho infame,
Da del Profeta preso al Rey aviso,
A quien al punto manda que le llame;
Deja la cárcel el hebreo Narciso,
Trocado en rico el vestidillo infame,
Y á la real presencia se presenta,
Y de los sueños pide estrecha cuenta.

«Dichoso, joven bello, si me sacas
De las congojas que mi pecho enfrian,
El Rey dice: soné catorce vacas
Que del Nilo amenísimo subian,
Siete gruesas y hermosas, siete flacas
Que á las siete primeras se comian,
Y que aunque estas á aquellas se tragaban,
Flacas y macilentas se quedaban.

«En otro sueño vi crecer gozosas
De una dorada arista siete espigas,
Que de lozanas, fértiles y hermosas
Libres rompen las cárceles amigas;
Otras siete vi luego perezosas,
Secas, marchitas, vanas y mendigas,
Cuyo escuadrón escualido acomete
Y hambriento traga á las gallardas siete.»

«Todo es un sueño, Rey, no tengas pena,
Dice el Apolo bello, y pronostica
Lo que en favor del Rey el cielo ordena,
Pues su honor y su hacienda multiplica;
Siete años te dará la tierra amena
La rubia mies en abundancia rica,
Y otros siete después con triste luto
A Egipto negará su amado fruto.

«Lo que importa aquí mas es la prudencia
De un varón venerable, sabio y grave,
Hombre de canas, ciencia y experiencia,
Que sea el que mas entre los tuyos sabe;
Y este con prevenida providencia,
Hasta que el año sétimo se acabe,
Llene de trigo trojes y graneros,
Remedio de los siete años postreros.»

Abraza el Rey al mozo venturoso,
Que en su real pecho la privanza crece,
Y dicele: «¿Oh mancebo valeroso!
Nadie el gobierno como tú merece;
Que si de un sueño y otro prodigioso
El cielo amigo claridad te ofrece,
¿Qué mucho, viejo sabio y joven tierno,
Que de Egipto te ofrezca yo el gobierno?»

«En aquesta razon mi intento fundo,
Y así del reino por virey te elijo,
Primero en el valor, de mí el segundo,
Y en mi real pecho por mi amado hijo;
Llámete Egipto Salvador del mundo,
Y con comun aplauso y regocijo
Te aclame el pueblo en mi real carroza,
Y tú adorado, de mi reino goza.»

Dale el anillo real, con el real sello,
Y en triunfo ilustre por Egipto sale,
Haciéndole la púrpura mas bello,
Y el cetro real diciendo cuánto vale;
Sale hecho un sol, y el sol corrido á vello,
Invidioso de que haya quien le iguale;
El rey de armas su gloria canta y dice;
Todo el pueblo le adora y le bendice.

Vienen los años de colmado fruto,
Y de Ceres los granos guarda y cierra;
Llegan los siete de tristeza y luto,
Y hácese estéril la madrastra tierra;
Ya Egipto paga al Rey nuevo tributo
En vez del trigo que el Virey encierra,
Haciendo de su Rey en breves años
Esclavo á Egipto, siervos los extraños.

Vienen por trigo á Egipto sus hermanos,
Y revuelven su afrenta en su memoria,
Y al fin, mas noble que ellos inhumanos,
Cuenta les da de su dichosa historia;
Viene Jacob, y en sus ancianas manos
Aumenta el gozo de su mucha gloria,
Y el padre grave de la suya cierto,
Halla al hijo perdido, y vivo al muerto.

«Así veamos, ¡oh Josef dichoso!
Dice Lidio, cantando dulcemente,
Que deste lazo de himeneo glorioso
Salga otro Salvador mas excelente;
Otro gobernador mas poderoso,
Mas que el primero casto é inocente,
Mas sabio y justo, mas humilde y santo.»
Aquí dió fin al suyo, y yo á mi canto.

CANTO VI.

De la pureza del glorioso san Josef.

El laurel casto, que el verdor no pierde,
No es mucho al hielo abrasador resista,
Ni que conserve su belleza verde,
Cuando el cielo con él mas se enemista,
Ni que si Jove destruirle acuerde
Muestre á sus rayos mas hermosa vista;
Que más es que un varón y una doncella
Moren juntos, el casto y virgen ella.

No es mucho junto al tigre y lobo hambriento
Pazca seguro el libre cabritillo,
Ni que entre fieras ayes corte el viento
Mansa paloma de mirar sencillito,
Ni que el ayuno misero avariento
Desprecie al que de miedo está amarillo;
Que más es que un varón y una doncella
Moren juntos, el casto y virgen ella.

No es mucho que en su eclíptica de oro
El gran pastor de Admeto retroceda,
Ni que el borno encendido vuelvan coro
Tres niños bellos mas que los de Leda,
Ni que leones guarden el decoro
Al que en el lago con la vida queda;
Que más es que un varón y una doncella
Moren juntos, el casto y virgen ella.

No es mucho que el descalzo tartamudo,
Candillo ilustre que el judío celebra,
Delante el rey de fe y piedad desnudo,
La prodigiosa vara haga culebra,
Ni el ver que tras las plagas que hacer pudo,
La mar enjuga y que el pensaco quiebra;
Que más es que un varón y una doncella
Moren juntos, el casto y virgen ella.

No es mucho que la viuda honesta y sabia
En vino y sangre al fuerte Asirio anegue,
Ni que á Sansón, que el trigo ajeno agravia,
La amiga hermosa engañadora ciegue,
Ni que al jayán, en ira ardiendo y rabia,
El pastor venturoso el cuello siegue;
Que más es que un varón y una doncella
Moren juntos, el casto y virgen ella.

No es mucho en una concha que el mar cria
Encerrar de la mar la furia brava,
Parar un rayo en esa región fria,
Contar los astros de la esfera otava,
Quitar á Argos la vaca, á Feho el día,
A Jove el cetro, á Hércules la clava;
Que más es que un varón y una doncella
Moren juntos, el casto y virgen ella.

«¿Oh castidad santísima y preciosa!
Montón de trigo, de azucenas lleno,
Flor entre zarzas, entre espinas rosa,
Sellada fuente, huerto siempre ameno,
Piadosa oliva, palma victoriosa,
Espejo claro, de mancilla ajeno,
Alegre puerto, venturoso nido
Del fuerte, que á sí mismo se ha vencido.

Virginidad divina, hermosa y pura,
Trono de Dios y luz de su memoria,
Por quien el alma iguala en hermosura
A los continos de su eterna gloria;
Y mas que ellos gozaron su ventura,
Sin la guerra que ilustra tu vitoria,
Que ellos sin carne viven, y tú en ella
Triunfas gloriosa, siempre pura y bella.

Alábetelo quien sabe cuánto vales,
Que es el Autor de quien tú luz recibes,
Y nuestros desposados virginales,
En cuyos castos cuerpos limpia vives;
Y pues que con tus lazos celestiales
Quieren que con su gusto los cautives,
Goce tu blanco yugo sus dos cuellos,
Ellos por tí famosos, tú por ellos.

Despedidos los nobles convidados
Que á las solenes fiestas acudieron,
A los hermosos castos desposados
Al oloroso tálamo metieron,
Donde entre diferencia de cuidados
Varias cosas á todos se ofrecieron,
A los novios su casto pensamiento,
Y á los demás el conyugal contento.

Dejanlos solos, y con gozo nuevo
El noble Patriarca reverencia
La casta hermana del dorado Febo,
De mas hermosa y virginal presencia;
« Serafín puro, si á mirar me atrevo,
Dice, de aqueste rostro la excelencia,
Es porque esposo soy de la hermosura,
Que enamorado el cielo ver procura.

« Mandóme Dios, ¡ oh virginal Señora!
Por orden de un alado mensajero,
Que aunque este pecho que ese rostro adora
Voto de castidad hizo primero,
Sin condicion le revalide agora,
Y así, ante tí revalidarle quiero,
Imitando del tuyo la firmeza,
Su gran valor y sin igual pureza.

« Y así á Dios voto, cara esposa mía,
Por el color de aquehas hebras de oro,
Por esas luces de quien hurta el día
El claro resplandor de su tesoro,
Por las mejillas en que el cielo cria
Las rosas castas que humillado adoro,
Por ese pecho puro, de Dios templo,
Y por la castidad que en él contemplo;

« Por el Señor y Dios omnipotente
De Abraham, Isaac y de Jacob mi abuelo,
De quien soy, aunque indigno descendiente,
Imitador de su divino zelo,
Y por el Salvador de nuestra gente,
Que pide el limbo y ha de enviar el cielo;
Por el gran bien que de su vida pende
Y el virginal amor que en tí me enciende,

« De guardar castidad con tal firmeza,
Que no haya voto que á mi voto iguale;
Esto á la sombra de la gran pureza
Que de tu rostro soberano sale,
Que da rayos de angélica belleza,
Mostrando alegre cuanto puede y vale,
Porque tu soberana compañía
Castos deseos y almas limpias cria.

« Seré una piedra, un bronce, un hielo, un canto,
A la razon sujeta la tirana,
Seré á tu bello rostro sacrosanto
Como al del sol la vista corta humana;
Y con debida admiracion y espanto
Serviré tu persona soberana,
Siendo de tales prendas tesoro,
Indigno esposo y casto compañero.

« Adoraré, humilladas las rodillas,
El tesoro que el cielo me da en guarda;
Respetaré sus raras maravillas,
Aunque mi valor corto me acobarda;
Descienda un ángel de las altas sillas,
Purifique mi lengua ruda y tarda,
O él, Virgen pura, tu pureza alabe,
Y no hara poco si alabarla sabe.

« Bien sé que no eres ángel, Fénix pura,
Y tu pureza de ángel me parece;
Sé que no eres el sol, y tu hermosura
Mas claro resplandor que el sol me ofrece;
No eres el cielo, y esa compostura
La suya hermosa alaba y engrandece;
¿ Quién eres, Virgen pura, sacrosanta,
Que al alma estrechas, que en tu luz se espanta?

« Bien sé que no eres Dios, mas tambien creo
Que tienes no sé qué de su grandeza,
Y si te he de juzgar por lo que veo,
Tras la de Dios es sola tu pureza;
Y como es suyo el singular empleo,
En tí cifro la gracia y la belleza,
Haciéndote retrato de su cielo,
Cielo de Dios y serafín del suelo.

« Aquí con pecho y alma agradecida,
Con perpetuas viglias y oraciones,
Adoro al Dios de gloria sin medida,
Que tan sin ella puso en tí sus dones;
Daréte gracias por la recibida
De haber unido nuestros corazones;
Ofrecérete los saberos aromas,
Blanco cordero y candidas palomas.

« ¿ Qué mayor, bien esposa y reina mía,
Que servir y adorar esos despojos?
¿ Qué mayor gloria, celestial Maria,
Que arrebatar me en Dios entre esos ojos?
¿ Qué mayor gozo que el que el cielo envia
En la luz pura de esos soles rojos?
¿ Qué mayor bien me pudo dar el cielo
Que hacerme dueño del mayor del suelo?

« Con la humildad mayor y mayor gozo
Que debo á bienes y mercedes tantas,
En cambio del favor, que indigno gozo,
Pondré mi boca donde tú las plantas;
Seré un siervo fiel y un cano mozo,
Un guardajoyas de tus prendas santas,
Testigo del milagro de la tierra,
Adonde Dios su cielo hermoso encierra.

« ¿ Quién del magno Alejandro, Cresos y Midas,
Los tesoros riquísimos tuviera;
¿ Quién las arenas de oro enriquecidas
De Hermo, Pactolo y Tajo haber pudiera;
¿ Quién del sur y las Indias escondidas
Tesoros, piedras, perlas te trujera,
No para regalarte, como es justo,
Mas conforme á lo menos de mi gusto!

« Bien sé que ando en aquesto poco sabio,
Porque ello es poco, y yo mal advertido,
Pues así ofendo con injusto agravio
A la pobreza que has favorecido?
El ansia de servirte movió el labio,
Y el ver que á tu valor le es mas debido,
Pues cuanto el mar, el aire y tierra cria,
Será un pequeño don del alma mía.

« Si todo es poco, y esto aun no lo puedo,
Y en esta voluntad que te dedico
Tan encogido y corto ves que quedo,
Cuanto con prenda tal dichoso y rico;
Entre el amor, con que al amor excedo,
El alma á tu pureza sacrificio;
Una prenda, que al mismo Dios que adoro
No le puedo ofrecer mayor tesoro.

« Tuya es el alma, casta esposa amada,
Que alegre vive en tí y en tí se admira,
Que ya en tu casto pecho mejorada
La hermosa que me has dado goza y mira;
De esa pura belleza enamorada
Como ya tuya á tal pureza aspira,
Que á un ángel me parezco en el desseo,
Discípulo dichoso del que veo.

« Espíritus divinos, vuestro coro
Cante mi dicha y mi ventura alabe,
Pues que me hace Dios guarda de un tesoro,
Que él solo su valor y precio sabe;
Y decidme: del dulce bien que adoro
¿ Cómo ser dueño en hombre mortal cabe?
Y si lo soy, ¿ por qué el seso no pierdo,
Pues mientras mas sin él seré mas cuerdo?

« Y pues sabéis que el cielo me ha encargado
Prendas que nadie puede merecellas,
Bajad al oro del cabello amado
Del firmamento puro las estrellas;
Cortad un manto rico del brocado
Que labra el sol entre sus hebras bellas,
Y de la luna y de sus luces santas
Traed calzado á sus divinas plantas.

« Haced de castos lirios y claveles,
Para que pise, matizada alfombra;
Cortad del cielo azul ricos doseles,
Que á sus reales paredes hagan sombra;
Servid, bellos espiritus fieles,
A la rara beldad que mia se pombra,
Que bien merecen estas prendas bellas
Ángeles, cielo, sol, luna y estrellas.

« Virgen hermosa, mi pobreza es grande,
Mas mi desseo la atropella y vence,
Y no pienses que en esto se desmande,
Mas que de quedar corto se avergüence;
Ya espero humilde tu bondad me mande
Alguna cosa en que á servir comience,
Que los ángeles mismos se humillarán
Y cual yo te servirían y adorarán.

« La honesta y hermosísima doncella
Con su modestia y gravedad divina
Los rayos puros de su vista bella
Al casto amado esposo humilde inclina;
Ciegale el resplandor que mira en ella,
¿ Cual hace el sol al que se le avecina,
Y entreabriendo las puertas de corales,
Le dice estas razones celestiales:

« Varón divino, santo patriarca,
Escogido de Dios, esposo mio,
Dueño del alma que este cuerpo abarca,
Cuya pureza de ese valor fio;
Seguro puerto donde desembarca
Combatido del mar este navio,
Padre y señor, defensa de mi honra,
Con quien el cielo me consuela y honra.

« Esposo amado, ilustre descendiente
De aquella sangre real y estirpe clara,
De lo mejor de nuestra antigua gente,
A quien el padre omnipotente ampara;
Dentro del alma está vivo y presente
El gran portento de la seca vara,
Dónde la hermosa candida paloma
Entre las flores fresco asiento toma.

« Que un ángel celestial, nuncio divino,
Me aseguró mi virginal pureza,
Y de la vuestra el voto peregrino,
Con que igualais su angélica belleza,
Mandándome de parte de quien vino
Que obedeciendo á su inmortal grandeza,
Humille el cuello al yugo soberano,
Diga de esposa el sí, y os dé la mano.

« Y pues que sois Josef mi caro esposo,
De la virginidad ejemplo raro,
De la fe y caridad templo glorioso,
De equidad y justicia espejo claro,
Columna de mi honor, asilo hermoso
Que el cielo me señala por amparo,
Nido seguro donde vuela el alma
Del vario viento á la tranquila calma;

« Seré una sierva vuestra, indigna esposa,
Que á vuestro gran valor sirva, cual debe;
Imitaré vuestra virtud preciosa
Hasta que al sol cual águila me pruebe;
Seguiré esa bondad maravillosa
En quien como otra Fénix me renueve;
Seré otra Clíctie á vuestra luz serena,
O Cintia rica con la luz ajena.

« Amaré, casto Esposo, vuestra vida,
Y pediré que os la prospere el cielo,
Pues ya con lazo estrecho vive asida
En ella aquesta de quien sois consuelo;
Con lazadas de fe y amor unida
Mientras el alma adorna el mortal velo,
A la vuestra estará, siendo tan vuestra
Como la vuestra que tan mia se muestra.

« Como al alma que os di tengo de amaros,
Como á mi vida tengo de quererlos,
Como al que es mi mayor reverenciados,
Y como á mi cabeza obedeceros;
Como á mi Esposo tengo de estimaros,
Por mi dueño y señor reconoceros,
Como á un ángel del cielo he de seguirlos,
Y como á padre tengo de servirlos.

PE-II.

« Nadie ha sido cual yo tan venturosa
Que haya esposo tan justo merecido,
Por quien mi amada integridad preciosa
Gana donde pudiera haber perdido,
Con quien de Dios la mano poderosa
A aquesta sierva suya ha enriquecido,
Haciéndome que esposa y virgen sea
Y que estados tan varios en mi vea.

« Y pues significais, Esposo amado,
Tanto gusto del mio, yo os suplico
Que aquehos bienes que el Señor me ha dado
Que á vos cómo á mi dueño los dedico;
Y los que á vos, Señor, os han quedado
Del heredado patrimonio rico,
Los repartais con mano generosa
A gente pobre, humilde y virtuosa.

« ¿ Qué mayor bien que al lastimoso ruego
Ser como el cielo misericordioso,
Dando á la virgen conyugal sosiego
Y amada libertad al preso ocioso?
Ser piés del cojo, ser ojos del ciego,
Abrigo y padre del menesteroso,
Del huérfano y la viuda amparo cierto,
Redención del cautivo, honor del muerto?

« Tambien os ruego, casto Esposo mio,
Que á imitacion de aquellos novios santos
Que con la medicina del pez frio
El Arcángel libró de males tantos,
Que con afecto humilde y ruego pio,
Con vivas ansias y amorosos flantos,
En este altar en santas oraciones
Ofrezcamos á Dios los corazones.

« El gran Josef, que á gloria le provoca
La habla amada de su Esposa bella,
A quien parece la rosada boca
Oráculo del cielo que habla en ella,
Le dice humilde: « A mí, Señora, toca
Seguir la luz de esa divina estrella,
Obedeciendo los consejos santos
De tantos bienes y provechos tantos.

« Y en lo que toca á la hacienduela pobre,
Della, cual de mi vida, sois señora,
Y así, vuestro desseo justo cobre
La paga del, desta alma que en vos mora;
Que á mí, ¿ qué bien habra que no me sobre
Si tengo el rico que mi pecho adora?
Todo es vuestro, salitísima Maria,
Y vuestra voluntad será ley mia.

« En esto llegan al altar sagrado
Que en la dorada cimbra se levanta,
El Tobias casto, bienaventurado
Y Sara hermosa, mas que la otra santa;
Y el incienso odorifero quemado
Y otros aromas de fragancia tanta,
Que el aire espesan con su blanca nube,
Entre quien la oracion al cielo sube.

« Majestad increada, sempiterna
Dice Josef, deidad incircunscrita,
Omnipotencia de virtud eterna,
Grandeza inescrutabile é infinita;
Divina Providencia, que gobierna
Cuanto el cielo, la tierra, y mar habita,
Vuelve, Señor, tu rostro sacrosanto
A la humilde oblacion del altar santo.

« Y si algun tiempo entre las llamas turbias
Te fué ofrecido el pobre sacrificio
De yerbas verdes y de espigas rubias,
A tu inmensa bondad corto servicio;
Y si después de las comunes lluvias
Te pudo el grato incienso hacer propicio,
Y si la gruesa sangre de animales
Pudo mover tus ojos inmortales,

« Puedan moverte dos humildes pechos,
Que entre plegarias justas y oraciones
De sí mismos están altares hechos,
Dónde ofrecen sus castos corazones;
Aquí en fuego de amor de amor deshechos
Los sacrifican con los ricos dones,
De las almas eternas que nos diste,
Retratos que á tu imagen bella hiciste.

11

»Estas, Señor, en este altar ponemos
Y á tu eterna grandeza dedicamos;
Dellas el querer libre te ofrecemos,
Y el nuestro al tuyo humilde sujetamos;
La integridad que conservado habemos
A tu deidad de nuevo consagramos,
Reconociendo que de ti le viene
A aquesta ofrenda lo mejor que tiene.

»Y pues que ves ¡oh Padre omnipotente!
Nuestra humildad y nuestro casto celo,
Y que uno y otro humilde y obediente
La cerviz inclinó al conyugal velo,
Acepta el don pequeño que humilmente
Sube á buscarte en tu abrasado cielo,
Y el sacrificio nuestro favorece
Y la encendida fe con que se ofrece.

»Y aquesta pura compañera amada,
De quien indignamente soy esposo,
Y en quien tu mano bienaventurada
Puso lo hermoso de lo mas hermoso,
Pues á mi amparo queda encomendada,
Y es tuyo el don, que me hace venturoso,
Para servirla, como yo querría,
De tu eterno favor, favor me envía.

Prostrada en tierra, en humildad profunda,
La que excede en pureza á las estrellas,
En quien la castidad su templo funda
Y el casto amor enciende sus centellas;
La que á la beldad sola hizo coyunda,
De lazos ricos de sus luces bellas,
Alza los ojos, y pásmose el cielo
Del sol, que vence al que enriquece al suelo.

Y enamorando al mismo pecho eterno
Y sus bellas criaturas admirando,
Abre los labios de su coral tierno,
Sobre diamantes nácares mostrando;
Huyó corrido el duro yerto invierno,
Viendo en su boca al mayo hermoso y blando,
Y apenas vió la bella rosa abierta
El cielo, cuando abrió la hermosa puerta.

»Majestad, dice, gloria sin medida,
Mas bienes de voz gozo que merezco,
Los que tienen mi alma enriquecida,
Como vuestros, señor, os los ofrezco;
Vuestro es mi corazón, vuestra es mi vida,
Y el quererla por vuestra os agradezco;
Merezca serlo, y yo una humilde esclava,
Que la inmensa grandeza vuestra alaba.

»Bien sabeis, Dios, mi virginal deseo
Y de mi casto voto la entereza,
Que aquí de nuevo con mayor trofeo
Se la consagro á vuestra gran pureza;
Y como al yugo hermoso de Himeneo
Por servirlos, inclino la cabeza,
Y que un estado y otro humilde abrazo
Al alma unidos con estrecho lazo.

»Vos á mi amado Esposo me entregastes,
Que mejor que merezco me le distes,
Vos con candidas flores le aclamastes,
Y cual blanca paloma le escogistes,
Si vos de tanta gracia le dotastes,
Y de tanta pureza le vestistes,
¿Qué bienes no tendrá mi Esposo amado,
Si él es tan vuestro y vos quien me le ha dado?

»Y pues es escogido entre millares
El colorado y blanco casto Esposo,
Bajen, Señor, de los que en tus altares
Adoran siempre tu mirar glorioso,
Y de rosas, claveles y azahares
Traigan guirnalda á su cabello hermoso,
Coronando su gracia y su belleza,
Su virtud, su bondad y su pureza.

»Y pues á hablar á aquesta sierva envías
De los que cantan tus eternos loores
Y gozan siempre perdurables dias,
Causados con tus bellos resplandores,
Agora que dos almas tengo mías,
Que han de partir iguales los favores,
Tenga dellos mi amada casta prenda
Quien le ampare, le guarde y le defienda.

»Aquí, Señor, de tu divina mano
Algun favor aquesta sierva aguarda
Para Josef, que es ángel mas que humano,
En la pureza virginal que guarda;
Y siendo quien me guarda, caso es llano,
Que es mi Josef un ángel de mi guarda,
Y pues lo es, decíandau los del cielo
A honrar al que los honra desde el suelo.

Dijo, y sellando el virginal tesoro
Que ámbur, almizcle y balsemo derrama,
Entra al palacio dando luces de oro
Una no vista abrasadora llama:
Turbó á la hermosa Virgen el decoro,
Y mas temió quien mas que á sí la ama;
El fuego al del altar dejó abrasado,
Y al cielo olió el palacio consagrado.

Y entre el humo oloroso que levanta,
Un admirable jóven aparece,
De luz tan bella y de hermosura tanta,
Que á la misma hermosura se parece;
Una corona de azucenas santa
Sobre sus hebras de oro resplandee;
De estrellas sobre nieve es su vestido,
Con una cuerda virginal ceñido.

Pasmó á Josef del ángel la presencia,
Aunque otras veces visto los habia,
Mas la que tiene ya mas experiencia
Del trato mucho de su compañía,
Con gozo humilde y santa reverencia
Recibe alegre al que su Dios le envia;
El á los dos como á sí mismo estima,
Y alegre al uno adora, al otro anima.

»Criaturas santas, dice, que en el suelo
Aquesta casa, que con miedo piso,
Hacéis retrato del hermoso cielo
Con los bellos de Dios que daros quisio;
Miró el Señor vuestro virginal celo,
Oyó de la oracion el cuerdo aviso,
Olió el olor de vuestros sacros dones
Y aceptó vuestros castos corazones.

Y quitando de su cabeza rica
De azucenas la cándida corona,
Al tesoro de Tíbar se la aplica
De la sola castísima matrona;
Su gracia y hermosura multiplica
Y el número del monte de Helicon,
Y de las gracias el virginal tesoro,
Que mas que ellas le dió su autor eterno.

La virginal pureza coronada,
En cuyo pecho real honrada vive,
El ángel dice: «Esposa regalada
Del que mayores premios te aperebe,
En prendas de la fe á tu fe guardada,
Esta corona celestial recibe,
Mientras gloriosa llega la de estrellas,
Premio debido á tus madejas bellas.

»Y vos, Esposo bienaventurado,
Pues que lo sois de la mujer mas buena,
Vos, que la mujer fuerte habeis hallado
De la mancilla de la culpa ajena,
Vos, á quien el amor eterno ha dado
La Esposa amada de su gracia llena,
Vos de su joya rica tesorero
Y de su paraíso jardinero;

»El que los corazones escudrina
Y quiere mejorar vuestra ventura,
Me manda que con esta cinta os cina
La siempre casta virginal cintura,
Y que del fomes la continua riña,
Que contra vuestra integridad procura,
Pacifique, y el vaya encadenado
De vuestro casto pecho desterrado.

Esto diciendo, con estrecho abrazo
Se junta alegre al escogido Esposo,
Y desceñiendo su estrellado lazo
Cíñe con él al casto venturoso;
Después juntando el uno y otro brazo
Los echa tiernos á su cuello hermoso;
Queda ligado el fomes del pecado,
Y queda el Santo en tal favor pasmado.

CANTO VII.

De la Anunciacion de nuestra Señora.

El animal del vellocino de oro,
Que fué barquilla á la fraterna carga,
Cuya mitad con repentino lloro
Añadió el nombre de la mar amarga,
Que su piel de riquísimo tesoro
Jason soberbio de robar se encarga,
A quien la encantadora favorece,
Que el dragon y los toros adornece;

Con su preciosa codiciada lana
En el zodiaco eterno trasladado,
Por donde el rojo hermano de Diana
Lleva el carro de estrellas matizado,
El cristal de su casa soberana
Al huésped abre del color rosado,
Que de los peces las escamas frias
Deja por igualar noches y dias;

Aumenta con sus rayos la riqueza
Del oro fino que le adorna y viste,
Excediendo la luz de su belleza
Al topacio, diamante y amatiste;
Sacude el sol dorado la cabeza,
Algo mojado del invierno triste,
Y entre la lana de oro recostado,
Descansa alegre del rigor pasado.

Toma calor entre la lana rica,
Y esparciendo sus rayos inmortales,
A los nevados montes los aplica,
Convirtiendo sus nieves en cristales;
De la tierra la gracia multiplica,
Y hermoso muestra el rostro á los mortales,
Que mirando que el hielo se le atreve,
Le escondió mustio entre la escarcha y nieve.

Conoce del planeta que le alienta
El calor deseado, que la ablanda,
Y lo que fué al invierno de avarienta,
Es á sus rayos liberal y blanda;
Rompe sus venas y el verdor revienta,
Y á los árboles yerba y flores manda,
Que en abundante copia se apereciban
De su gracia y beldad y al sol reciban.

Saca la rubia jardinera Flora
Sus jardines, sus parques y pensiles,
Saca el rosado sol, que al Aries dora,
Un marzo hermoso mas que mil abrilles;
Derrama flores la celada aurora
De entre sus hebras ricas y sutiles,
Y el cuerno de la copia de Amaltea
La tierra helada ilustra y hermosea.

El tronco seco alegre reverdece,
Y en fecunda preñez da muestra clara
Del fruto dulce que á su dueño ofrece
De miedo oculto entre la seca vara;
En tiernos ramos con belleza crece,
Con las hojas cubriéndose la cara,
Que le hacen sombra los gallardos brazos
De los renuevos que se dan abrazos.

La comun madre muestra descubierta
La cabeza de flores adornada,
Antes del pardo invierno helada y yerta,
Ya de verde esperanza coronada;
Y abriendo al sol dorado franca puerta,
Da al campo la librea deseada
Del alhelí, mosqueta, lirio y rosa,
Del clavel bello y azucena hermosa.

Los aires mas delgados y suaves
Vierten blandura, gozo y alegría;
Pisanle alegres las pintadas aves
Al son de su acordada melodía;
Echase al agua verde corvas naves,
Libres de Oríon y de su furia fría;
Viene el ave que es huésped del hombre,
Que vió en la tela de su hermana el nombre.

Y como al sabio humilde le acontece,
Que, recogido en su pequeña casa,
Piensa que su virtud nada merece,
Y en su necesidad su vida pasa;
Si acaso el rey la dignidad le ofrece,
Que le es debida á su virtud sin tasa,
Se encoge y enmudece temeroso,
Cual no merecedor del cargo honroso;

Asi Josef santísimo se encoge
A la merced divina, no esperada,
Con que le favorece el que le escoge
Por guarda fiel de su consorte amada;
Dentro en sí mismo humilde se recoge,
Reverenciando la deidad sagrada,
Y á su esposa santísima Maria,
Por quien el cielo tal favor le envia.

Y queriendo prostrarse al jóven santo
Para besarle las sagradas plantas,
Tendió su rojo y estrellado manto,
Sacudiendo las alas sacrosantas;
Josef, absorto en el divino espanto,
En sí revuelve las mercedes tantas,
Y humilde á la querida esposa mira,
Que nueva luz y nueva gloria espira.

Vese ceñido de la blanca mano,
Vese abrazado del alado bello;
Mirase libre del cruel tirano
Que quiso sujetar su noble cuello;
Hallase como un ángel soberano
Por su esposa que pudo merecello,
Y humilde á su divina prenda adora,
Por quien en cuerpo y alma se mejora.

Ella con una virginal porfia
Que no haga tal suplica al varon justo,
Mas que al Señor, que tal favor le envia,
Hagan eternas gracias, que es mas justo;
Haciéndolas les vino á hallar el dia,
Dejando al indio bárbaro y robusto,
Por ver en la oracion los desposados
De sí mesmos en Dios enamorados.

En aquestos divinos sacrificios
Pasan las noches los que estima el cielo,
Y haciendo innumerables beneficios,
Sus bienes parten con piadoso celo;
A los pobres de Dios tienen propicios,
Siendo de todos general consuelo,
Al triste y al enfermo consolando,
A la viuda y doncella remediando.

En esto ocupan sus dichosos dias
La noble Sara y Abraham dichoso,
La hija de Raquel y el gran Tobias,
La bella Abigail y el Lot piadoso;
Y derramando gozos y alegrías,
Alegre sirve al virginal Esposo,
La pura mas que el cielo, á quien sirviera
El cielo, si servirla mereciera.

Josef, que al amor mismo hace ventaja,
Para sustento de su amada prenda
Alegre suda y con amor trabaja,
Supliendo á la gran falta de la hacienda;
Porque, como en servirla se aventaja,
Quiere que su consorte hermosa entienda
Que si los bienes dió á la gente pobre,
Que para regalarta amor le sobre.

El Josef noble la comida gana
Con rostro alegre y alma agradecida,
Y su Esposa con gracia mas que humana
Le ayuda en su labor entretenida;
El sustenta á su Esposa soberana,
Ella guisa gozosa la comida;
A Nazaret la trujo el varon santo,
Y yo doy fin al regalado canto.